

Y tan raro la muerte? ¿No la llevo
 Conmigo desde el punto en que he nacido?
 ¿Pues por qué de tal modo me estremece?
 Al punto que esta vida saludamos,
 A dar pasto á la muerte comenzamos:
 El fiero monstruo con nosotros crece,
 Hasta que entre sus manos acabamos.
 Es una luz brillante nuestra vida,
 Que al paso que arde queda consumida.
 ¡Muerte que sin piedad has devorado
 Mi juventud, mis fuerzas has gastado,
 Gustoso lo restante te abandono:
 Desprecio tus clamores y tu encono!
 ¡Mas ¡ay! tu voz escucho, ó soberano
 Arbitro de la vida y de la muerte:
 Sol inmortal de la naturaleza:
 Dios que de las tinieblas y baxeza
 Mayor que la del polvo y del gusano,
 En que triste yacia, de mi suerte
 Compadecido al mundo me sacastes,
 Y con fecundo rayo me animastes
 Para participar de tu alegría,
 Y embriagarme de la luz del día!
 No me dió el ser tu brazo poderoso
 Sino para que fuese venturoso.
 ¡Tú mismo ahora me llamas á otro mundo
 Desconocido! Alegre te obedezco:
 En tus manos me entrego, asegurado

De que no en vano mi esperanza fundo.
 Sé bien de quien me fio. No apetezco
 Vivir sino es en tí, pues en tí solo
 Se halla la realidad. Quanto criado
 Contiene el orbe de uno al otro polo,
 Vida, muerte no tienen de existencia,
 Sino una vana mísera apariencia.
 A la vida pintamos
 Mas bella de lo que es, y calumniamos ^(b)
 Demasiado á la muerte: el sabio ajusta
 Estas equivocadas distinciones,
 Pesando entrambas en balanza justa.
 Dueño de sus pasiones,
 Sabe usar de la vida,
 Y esperar á la muerte sin rezelo.
 Aquí el alma escondida,
 Baxo el espeso velo
 De esta carne mortal, vive encerrada
 En un sepulcro. Esclava, atormentada
 De una lóbrega noche en los horrores
 Rara vez logra algunos resplandores
 De la verdad, que rompen divididos
 La densa obscuridad de los sentidos.
 Si la muerte sepulta
 El cuerpo, rompe la prision oculta
 Donde el alma gemia:
 Las nubes á sus ojos disipando,
 La restituye el día

Y alas, para que rápida, dexando
 El peregrino suelo,
 A su patria inmortal levante el vuelo.
 A la muerte acompañan solamente
 Imaginarios males,
 Que la naturaleza nunca siente.
 La vida sí que tiene otros mas reales,
 Que el sabio mismo remediar no puede.
 ¡ Pues qué, dirás, no tienen los mortales
 Motivo de quejarse de la muerte?
 ¡ Qué horribles ruinas dexa en su carrera!
 ¡ Todo á su furia cede!
 Fuerza, poder, quanto su vista advierte,
 Derriba á todos lados. Los talentos,
 Las artes, al nacer corta, y no espera
 Que florezcan siquiera.
 Mas vaga que los vientos,
 Da mil vueltas al orbé en un instante
 Sin perdonar á nadie. Si un brillante
 Ingenio sobresale, con fatales
 Manos, vuela á apagar los resplandores
 De sus vivos talentos, que inmortales
 Debieran ser para alumbrar al mundo,
 Y á este otra vez sepulta en el profundo
 Caos de la ignorancia y los errores.
 La muerte no hace distincion alguna,
 Qual la hace la fortuna.
 Los sabios Reyes, los Conquistadores,

Son para su fiereza,
 Con el mas vil, de igual naturaleza:
 ¡ Mas qué son estos vanos
 Títulos que engrandecen los humanos,
 Sino unas distinciones que añadimos
 A este misero barro que vestimos,
 Y han de acabar con él precisamente?
 Mas esta alma inmortal que poseemos,
 A imágen de Dios mismo fabricada,
 ¡ Quién la tiene vilmente
 En la cárcel del cuerpo aprisionada
 Sino esta vida cruel? No la veremos
 Libre, hasta que la puerta tenebrosa
 Del sepulcro, ya abierta, nos dé entrada
 A la eterna morada
 De la luz venturosa,
 A los dulces vergeles encantados,
 De mi corazon triste suspirados.
 ¡ O muerte, en tu contienda con la vida
 Has salido triunfante y vencedora!
 ¡ Me doy el parabien de tu venida!
 Mi corazon la implora:
 La enfermedad rodeada de dolores,
 Y la triste vejez helada y terca,
 Tus fieros precursores
 Me anuncian que estás cerca:
 Todos ellos á un tiempo me arrebatan,
 Y los nudos desatan

Que me unen á la vida. Brevemente
 Su empresa acabarán. Ya la campana
 Se estremece, y se apronta diligente
 A llamar á mis tristes funerales,
 El número harto corto de leales
 Amigos que me quedan. Si la humana
 Compasion tal qual lágrima previene,
 La razon por feliz al muerto tiene,
 Viéndole vivo y bienaventurado.
 ;O cuán gozoso dexaré á los vientos,
 Este polvo que arrastro acongojado!
 Ya llegará algun dia en que lo pida
 Otra vez á los mismos elementos,
 Y me lo volverán resplandeciente,
 Para que unido al alma eternamente,
 Complete mi dichosa íntegra vida.
 Podré decir: vencí todos mis males:
 Mis penas y dolores han cesado.
 ;O muerte, sin tí fueran inmortales:
 Aun la virtud sin tí vana seria,
 Vana la pena y la desgracia mia!
 ;Por tí de todo quedará pagado!
 ;Esta vida penosa,
 Qué de gemidos me costó el lograrla!
 ;Quánto suspiro ;ay triste! por trocarla,
 Con otra mas dichosa,
 Que ha de empezar con mi postrer aliento,
 Y ha de costar tambien nuevo lamento!

Mas allá del sepulcro está situada
 La vida verdadera
 Jamas á este otro lado será hallada.
 El golpe que nos da la muerte fiera,
 Solo es para salvarnos:
 Caemos para volver á levantarnos.
 Ve de repente rotas sus cadenas,
 El hombre hasta aquel punto esclavizado;
 Queda libre: cesáron ya sus penas:
 Se concluyéron ya sus desconsuelos:
 Con la corona ciñe asegurado
 Sus sienes. Se apodera de los cielos.

 NOTAS.

(a) Vivir siempre: ; para qué, para verse aquí detenido á las puertas de la vida verdadera, sin entrar jamas en ella; para estar encarcelado en las tinieblas de este mundo, sin poder ver la luz de la eternidad; para dar cuerda todos los dias á la envejecida rueda de las horas, sin que nos traygan la menor novedad? ; Son estos todos los gustos delicados de los mundanos? Si á esto se reducen, merecen entrar en sociedad con los animales, si acaso estos no son aun ménos groseros que ellos. ; A qué vileza se ven reducidos los tales hombres por falta de virtud, esto es, por falta de verdadero entendimiento, siendo así que se precian, mas que de otra cosa, de tenerlo muy despejado? A amar y á aborrecer por turno la vanidad de este mundo;

á murmurar de la vida, y sucesivamente acariciarla, siendo así que esta afeytada cortesana los trata de insensatos cada momento del día; y á alabar lo que es malo, rezeloso de encontrar lo peor; y ve aquí las causas todas de sus ímpetus de alegría. Ya es razon, ya es tiempo de que muden de escena. ¡ Pero de qué medios nos hemos de valer para hacerles palpable y aborrecible el vergonzoso estado en que se hallan con tanta complacencia? Solo hay uno, pero proporcionado á todos los hombres, y este es la virtud. Esta Diosa con su maravilloso poder puebla de flores el árido peñasco de la tierra, reconcilia al hombre con la vida; y lo que aun es mas extraño, derrama la hermosura y la variedad sobre la uniformidad fastidiosa de los días, y forma una línea recta del cansado círculo de la naturaleza, para que se recorra con gusto.

Los que no conocen, ni anhelan otros deleytes que los de los sentidos, se ven precisados á pasar los días de su vida lánguida con un perpetuo fastidio. Semejantes á aquel páxaro que canta siempre sobre un mismo tono, pasan por ellos las estaciones, sin que experimenten variedad alguna. Pero otras almas mas sublimes, cuyo gusto delicado desdeña las groseras frutas que el sol madura aquí abaxo, saben variar y alegrar sus días, de manera que se ven en ellos los mudables y hermosos colores que tanto admiramos en el gracioso cuello de una paloma. El hechizo de la inocencia que reside en su corazon, se extiende á todos los objetos, y la virtud los dora con los vivos rayos de su luz. Tales almas ignoran lo que es fastidio: el objeto que termina sus deseos, no está expuesto á envejecerse. Sostenidas en sus nobles esfuerzos, por una esperanza celestial, ven á cada aurora de mas cerca la perfec-

cion y la felicidad, y se les presenta una nueva perspectiva de resplandor y gloria, que acrecienta sus fuerzas, y las anima á la virtud. Al paso que como la rueda de un carro da vueltas el círculo de la naturaleza sobre las alturas á que se han elevado, de instante en instante ven mas hermoseado su teatro. ¡ Y nosotros, viles desertores de la virtud, que-remos renunciar á la felicidad que nos destina?

Es una verdad casi generalmente sabida la de que la indiferencia acerca de la dicha de la vida venidera empobrece los placeres de la actual; pero son pocos lo que en la práctica se gobiernan conforme lo requiere esta máxima. ¡ Y en qué concepto debemos tener la vida presente? ¡ Qué poco la conocen aun los que mas la aprecian! Ciegos en nuestras aficciones, quanto mas la amamos, la hacemos ménos amable: la ahogamos, por decirlo así, con los apretados abrazos de nuestro frenético ardor. Miramos al tiempo con la misma pasion que debiéramos mirar á la eternidad, y equivocamos este descanso pasajero con el puerto. Si consideramos la vida como último fin, no tiene el menor valor; si como medio, es de un precio inestimable. Quando limitamos á ella todos nuestros deseos, debe reputarse por nada. Este mundo no es infructuoso sino para el hombre frívolo. ¡ A qué podré yo comparar el mudable aspecto de esta vida, cuyo valor incierto puede crecer y disminuir sin término? ¡ O noche, tú que hasta aquí me has sido tan propicia, tu auxilio necesito para acertar en esto! La compararé, pues, á la luna, cuya esfera necesitada y opaca por sí misma, solo brilla con la agena luz que la dispensa otro orbe superior. Quando la tenebrosa tierra se interpone entre ámbos, sumergida aquella en las sombras ve su luz eclip-

sada; pero aun en el momento mismo en que está mas brillante, su resplandor no es mas que una claridad pálida y triste que desaparece á vista del inmenso mar de luminoso y vivo fuego, cuyos rayos la alumbran. La luna, la tierra y el sol tienen, pues, entre sí los mismos respetos que la vida, la culpa y la eternidad.

(b) Bien cerca está ¡oh Lorenzo! de nosotros la gloria de la eternidad. ¡Cuán delgada es la tabla que separa al hombre justo del estado de un ángel! El intervalo que los divide puede ser de un momento, de un año, ó algo mayor; pero aun quando este intervalo fuese de un siglo, no es mas que un momento para el que piensa en la eternidad. Apresúrate, pues, á vivir en la tierra, como vivieron los que ahora ya son deidades. Sé lo que era Filandro, y pretende el cielo.

La muerte es una victoria que encadena los rabiosos males de la vida. La ambicion, la luxuria, la venganza y la avaricia, atadas á su carro triunfal, aplauden por fuerza su poder. No llamemos, pues, al dia de nuestra muerte, dia de nuestra ruina; llamémosle sí el dia de nuestra cosecha; en él la recogemos ya madura. Si al segar sus doradas espigas, la hoz afilada nos hace alguna ligera herida, un bálsamo soberano la cura inmediatamente.

¡O muerte, con qué gusto te considero! Tú eres la libertadora que rompes las cadenas del hombre, le recompensas y le coronas. Tú eres el término de todas las penas del justo. Tú produces en su corazon un gozo puro, que dura eternamente, y cuya fuente inagotable es la misma deidad. La muerte es el premio de la vida. Nos da unos bienes superiores á los que perdimos con la privacion del paraíso. La muerte, que nos parece á lo léjos

estar rodeada de terrores, de cerca se presenta á nuestra vista como una reyna apacible. ¡Quándo moriré yo á la vanidad, al dolor y á la misma muerte? ¡Quándo moriré yo.—Para vivir sin fin?

LA REDENCION.

¡De dónde nacen los delitos del hombre? Del olvido de la muerte. ¡Ay de mí! Demasiado tiempo la he olvidado. Ahora su idea me despedaza el corazon. ¡Cuál será la mano benéfica que cure esta herida? ¡Ah! ¡Ya la veo con alegría y remordimiento! ¡O mano divina y prodigiosa, clavada estás en los cielos!—¡Pero qué es lo que he dicho? He blasfemado. ¡Quánto no se ha baxado hácia mí, desde esos mismos cielos que ha criado! Por mi causa está ensangrentada. De sus heridas destila el bálsamo saludable y único que puede curarme. Dios omnipotente, saca del pecho de tu Hijo ese cruel acero.—¡Pero qué es lo que deseo, infeliz de mí! ¡Puedo yo acaso aguantar ese doloroso espectáculo!—¡Y puedo yo tampoco dexar de contemplarlo! Con él estan incorporadas todas las esperanzas del hombre. Aquel sagrado clavo es el que sostiene al universo desquiciado. Si no fuera por él caeríamos en el abismo: nos veríamos reducidos á entregarnos á la horrible desesperacion, y á desear que el universo hubiera pericido al instante que nació. ¡Qué mutacion espantosa! El mismo que ve los astros como un polvo agitado debaxo de su elevado trono, está ahora cubierto de tinieblas, y no tiene otra cama para descansar que el polvo de la tierra. ¡Cómo ha podido el cielo amarnos con tanto exceso? ¡O

qué largo gemido se oyó desde aquel árbol saludable! No gemia el humanado Dios sobre sí mismo, sino sobre nosotros. Cargado de nuestros delitos, llevó voluntariamente este horrible peso, para aliviar á todo un mundo oprimido baxo de él. Millares de mundos hubieran podido rescatarse por este precio. A su vista experimentáron los ángeles sensaciones nuevas, interrumpiéron sus conciertos, y quedó suspenso el sentimiento de su felicidad.

¡Oxalá me prestaran sus voces para cantar con alguna dignidad mi sublime asunto! ¡O noche, inspírame la armonía de tus esferas melodiosas! ¡Será posible que ardiendo en los escritos de los gentiles el vivo fuego del ingenio, cante yo con tono lánguido las grandezas del cristiano! No será la culpa del ingenio, sino de la insensibilidad del corazón. ¡Despiértate, pues, corazón mio! ¡Y quién podrá sacarte de tu letargo, si no te enardece la idea de un Dios, que agota su poder para hacer feliz al hombre? Engólfate en estas grandes verdades, que han disipado las profundas tinieblas de la gentilidad, y derramado sobre el universo las doradas ondas de una luz eterna. El percibir estas ondas es creer, y el creer es abrasarse en ellas.

Dios benéfico y terrible, tu amor debe hacerte temer más; por él son tus leyes más rigurosas, y sus infracciones más culpables. ¡Cómo tiembla mi corazón al reflexionar en la inmensidad de tu amor! Pues que tu misericordia no tiene límites, tu justicia ha de ser inexorable. Para vindicar sus derechos, teñiste la cruz con la sangre de tu Hijo. ¡Debe el hombre alegrarse ú horrorizarse á vista del delito de sus primeros padres, que dió lugar á tal venganza y á tanto amor? La severa justicia

y la dulce misericordia se han unido, y han enlazado sus manos sobre el cúmulo de nuestros delitos. Ambas juntas sostienen el trono del excelso con todo el esplendor de la magestad. Si no se hubieran reconciliado de este modo, ó quedaba ultrajada la grandeza de Dios, ó era inevitable la ruina del hombre. Solo una inteligencia infinita hubiera podido discurrir, en esta cruel alternativa, el medio prodigioso que concilia los derechos de la Justicia divina con la felicidad del linage humano. Acto imponderable de la deidad, ¡qué nombre te daremos? Eres un prodigio igualmente inconcebible para los ángeles y para los hombres; y la Omnipotencia misma no puede hacer cesar la admiración que causas.

Todos los atributos de Dios son otras tantas perfecciones igualmente infinitas. Forman juntas una esfera llena y perfecta, cuyos radios son todos iguales. Haríamos una injuria á su divino ser, si pretendiésemos extender qualquiera de estas perfecciones á costa de la otra; si juzgásemos, por exemplo, que la misericordia considerada en sí misma es superior á la justicia: esto sería ultrajar á Dios, y despojarle de la divinidad. Un Dios que solo fuese misericordioso, sería un Dios injusto. ¡Vosotros que lo pintais con tan mentidos rasgos, en qué os fundais? ¡Os olvidais acaso que se ha pagado el rescate del hombre? ¡Qué para esto ha sido preciso apurar el inagotable tesoro de los cielos, y que le ha costado un precio imponderable! Ni los ángeles, ni todas las criaturas racionales juntas, son capaces de apreciar su valor inmenso: es un secreto escondido para siempre en el pecho del Ser supremo.

¡Y por quién se ha pagado este rescate? ¡O

exceso de amor! Por el hombre. El sol mismo no ha tenido sufrimiento para verlo. Al mirar este espectáculo no esperado, lleno de horror, retrocedió su carro, cubrió su semblante con el velo de la noche, no de la que formó naturaleza, sino de una noche, cuyo aspecto solo la estremeció á ella misma, y la llenó de espanto: de un eclipse formidable, que no fué producido por la interposicion de los planetas, sino por el ceño fiero del Criador irritado. ¡Huiste acaso, ó sol brillante, por no ver padecer á tu Hacedor, ó por evitar el espectáculo de los delitos del hombre, cuyo enorme peso dobló aquella sagrada cabeza en el madero de la cruz? Gimió el mundo conmovido desde sus cimientos, las entrañas de la tierra se despedazaron, su obscuro centro se abrió para restituir los muertos; bramaron los abismos del infierno, y cayéron lágrimas del cielo. Lloró el cielo para que el hombre se alegrase, y un Dios murió para que fuese inmortal.

¡Y alegrémos por mérito la devocion? ¡Nos es posible acaso no tenerla? ¡Qué corazon de peña no se derrite y arde en amor con tal idea? Quanto mas meditemos sobre ella, tanto mas conmovidos nos hallarémos; quanto mas la reflexionemos, tanto mas se aumentará nuestro amor y reconocimiento. La muchedumbre y la grandeza de estas maravillas sobrepuja á mis fuerzas oprimidas. Mi alma se ve, puede decirse, cautiva en medio de los beneficios que sobre ella llueven desde la cruz, y encarcelada dentro de su misma admiracion. La vida del Dios humanado es el plan que debo seguir en la mia; en su muerte veo la recompensa que tengo que esperar si sigo sus huellas; y su Ascension sublime me presenta la mas clara

prueba de mi inmortalidad. ¡Y es cierto que ha subido á los cielos? ¡O naciones, y vosotros, O muertos, escuchad! Sí; subió con efecto á los cielos: quebrantó las puertas de la muerte. ¡Abrios puertas eternas, y dexad entrad al Rey de la gloria? ¡Quien es ese Rey de la gloria? Es el mismo que ha baxado del trono de su Magestad para venir á morir; el que ha desarmado á la muerte, á ese enemigo cruel que devoraba el linage humano; el que ha admirado á los cielos con el amor que ha manifestado al hombre, y el que se ha complacido en ver á los ángeles mismos perder el fino espantados de este incomprehensible misterio.

¡Las puertas de la muerte quebrantadas; arrancado su estímulo; derribado su trono; oido ya su último sollozo! ¡Qué hombre no delira de alegría! ¡Tierra, cielos, aplaudid, celebrad todos estos bienes acumulados sobre el hombre! en aquel momento se diéron alas á la humanidad, y remontándose desde el sepulcro, se apoderó de la inmortalidad. Ya el hombre no es el mortal, lo es la muerte: esta ha sido derribada para nunca levantarse: y el sello de la inmortalidad se ha grabado sobre el hombre. ¡O cielos tan pródigos para con nosotros, os salúdo gozoso! ¡La gloria de tantos beneficios os pertenece, pero á mí me vale una felicidad infinita!

¡Pero adónde me lleva descaminado mi alegría? ¡Ay de mí! Si soy inmortal para padecer tormentos, ¡tengo motivo de gloriarme de mi inmortalidad? Sí; me glorío de ella, aunque cubierto de delitos. Por estos ha muerto un Dios, no por la inocencia: el delito solo ha podido justificar su muerte; pero tambien es necesario que su muerte

justifique el delito á los ojos del cielo piadoso. Si cansado de mis maldades las expio por medio de un sincero arrepentimiento, Dios escribe en los cielos mi nombre con la sagrada punta de aquella fiero lanza que atravesó su costado, se tiñó de sangre, y abrió en aquella herida una fuente en donde el linage humano cobrase fuerzas y valor para combatir contra el vicio. Esta idea sola ¡O Yorek! basta para desterrar el temor de la muerte del corazon del hombre.

¡Qué admiracion no nos causará el recorrer los milagros de la Bondad divina? ¡No doy un paso sin pasarme! ¡Perdonar una ofensa infinita! ¡Yo soy un rebelde cercado de sus rayos, y no lo soy yo solo: todo el universo se ha sublevado contra Dios: todo el linage humano está armado para combatirle: no hay un solo hombre que esté exceptuado del delito, y con todo viene á morir por el mas ínfimo de los pecadores! El rescate del mas infame de estos es el que le causa mayor alegría, como si el linage humano ocupara el lugar mas elevado en el órden de los seres, ó la grandeza de Dios hubiese de aumentar, á proporcion de su beneficencia para con nosotros.

Altérense, abránsense todos los corazones en llamas de agradecimiento. ¡Que escala prodigiosa de milagros! Su mas baxo escalon toca en los cielos, y su alta extremidad va á perderse mas allá de los alcances del pensamiento humano y angélico. ¡Oxalá llegue yo á subir por ella cantando alabanzas dignas del Ser eterno! ¡O alabanza, si admiracion te dexa libertad para extenderte, corre de mi pecho para siempre inflamada y nunca interrumpida! ¡Elévase tu incienso hasta los cielos, y esparza un olor mas agradable que pudieran todos los aromas de la Arabia ardiendo á un tiempo!

Vuelve, alma mia, hácia el primero, hácia el mas digno objeto de tu amor, á quien en otro tiempo no asociabas rivales viles: vuelve hácia aquel poder primitivo, á quien cantan sin cesar los celestiales Tronos, y ante cuyo acatamiento se postran confundidos los ángeles. Dios excelso, quando los cielos no tienen otra ocupacion que la de celebrar tu gloria, ¡solo el hombre te ha de negar sus rendimientos! ¡Antes falte me vida, que tus alabanzas de mi boca! ¡O Rey eterno, cuán incomprendibles son tu grandeza, tu sabiduría y tu bondad! Los diamantes y el oro reluciente escondido en las entrañas de la tierra, del mismo modo que el magestuoso resplandor de las estrellas, son en tu presencia despreciable y obscuro cieno. Seria inútil que yo pidiese á esos sublimes astros que rodean tu trono y se alimentan de tu luz, que me prestasen la armonía de sus celestiales voces; los impetus mas sublimes que pudiesen inspirarme, jamas llegarían á la dignidad de los acentos que es necesaria para cantarte.

Me he engañado: entre todas las criaturas, solo al hombre pertenece celebrarte. Los ángeles no hallan en el cielo un beneficio igual al que enriquece la tierra. Nobles hijos de la luz, ciudadanos de las llanuras etéreas, ¡queréis ver la gloria de vuestro Dios? Mirad al hombre. La redencion es una segunda creacion mas sublime que la primera. Costó dolores al cielo el darla á luz. ¡Qué digo! La redencion costó al cielo agonías mortales. Temeridad sería el creer una verdad tan extraña, si no fuera mas temerario error el dudarla.

Parémonos aquí, y pesemos esta maravilla. Si la muerte llegó á introducirse en el cielo, ¡qué sucedió en la tierra para que fuese la causa de esta

introduccion? ¡O! cuán grande es el hombre mirado por este respecto! ¡Qué equilibrado está su origen con su conversion en polvo! ¡Cuánto se ha disminuido el vasto intervalo que le separaba de los cielos! ¡Cuánto se ha acercado á los ángeles! ¡Quién puede ya distinguirle de ellos? ¡Con qué resplandor brilla este hijo del cielo, criado dos veces por él, á pesar de las tinieblas de la culpa y de la materia! ¡Ha de dexar perder el doble derecho que tiene á aquella herencia divina, y lo ha de sacrificar á la locura? La sangrienta cruz ha prometido al hombre quanto puede desear, y le ha jurado su perdon para siempre. ¡Qué podrá negarle el que ha dado su vida por él?

¡Reconoce, ó hombre, tú grandeza! Solo tú mismo te juzgas vil; los ángeles admiran tu dignidad, que así desprecias. Degenerado mortal, ¿es posible que estando siempre abierto á tus ojos el libro de la naturaleza, te desdienes de leerle? ¡Quántas maravillas descubrirías en él con solas las débiles luces de tu razon! La naturaleza toda no es mas que un vasto comentario que aclara tu nobleza, cuyas pruebas compuestas por el cielo fuéron publicadas sobre la cruz. ¡Qué hombre puede examinarse, sin juzgarse una deidad terrestre, participante de la divinidad superior, y de su inmortal vida? ¡El Dios que murió derramaria acaso su sangre por un vil insecto. La idea de la eternidad enciende en mi pecho una llama desconocida que le hace olvidar el mundo, ó por mejor decir, gozar de otro infinitamente mas precioso. ¡Qué nuevo mundo, qué delicioso Eden se descubre á mi vista! ¡Qué regiones desconocidas y extrangeras para el sol que aquí nos alumbraba atravesaré arrebatado de alegría!

¡Qué diferencia habrá entónces de los ángeles á los hombres? ¡Qué son estos en este mundo sino unos ángeles poco inferiores á los otros, pero cargados del peso de la materia que han de arrastrar consigo durante las pocas horas que atraviesen este valle cenagoso, y trepan por la resbaladiza cuesta de los últimos grados de la creacion? Los ángeles tuvieron ántes su tiempo de merecer, y los hombres lo tienen ahora: estos estan alistados sobre la tierra para acudir dentro de poco adonde Dios los llame, y juntarse baxo del resplandeciente estandarte desplegado en los cielos. Los ángeles, nuestros hermanos celestiales, no se olvidan de los hombres sus aliados, ántes sí los cuidan y los defienden. El Arcangel Miguel combatió por nosotros: Rafael cantó nuestros triunfos: Gabriel nos traxo las órdenes del Excelso: ¡y tú, ¡ó hombre! aliado de estos sublimes espíritus, no te avergonzarás de igualarte á los brutos insensibles, y de confundirte con ellos?

¡O Religion, tú eres el alma de la felicidad, como lo es la tuya el doloroso calvario! Sobre él resplandecen las verdades mas sublimes: todo lo que hay en él violenta al alma; pero con una violencia suave que excluye la fuerza y la necesidad. ¡Qué otro espectáculo puede mover mas nuestro amor y nuestro temor? Dios lloró allí, y sus lágrimas apagaron al sol—suspiró.—Su suspiro estremeció los cimientos del mundo. Si tan terrible es quando se muestra amoroso, ¡quánto no lo será quando se manifieste airado? ¡Podrán mis ruegos suspender la venganza de tu ternura ultrajada? Dios infinito, mi todo, mi universo, mi luz en las tinieblas, mi vida en la muerte, mi gloria en el tiempo, mi corona y mi dicha en la eternidad—; La

eternidad es demasiado corta para alabarte; para sondear la profundidad de tu amor hácia el hombre—hácia el último de los hombres—hácia mí mismo! ; O Dios, víctima mía! ; Qué título! ; Qué eres, pues? ; Cómo he de llamarte?

Tú que salvaste al hombre, sácale de la hoguera ardiente de las pasiones que le consumen, y apaga su fuego con raudales de tu sangre. ; Cómo te complaces en acumular sobre nosotros tus beneficios: en oprimirnos baxo del peso del agradecimiento para contigo; en favorecernos y en confundirnos; en acercar y apartar de nosotros el objeto de nuestras esperanzas; en elevarnos por medio de tu amor, y en dexar que volvamos á caer en la languidez y el desmayo! Tan grandes son tus beneficios que nos precisan á ser ingratos—Aun nuestros mas sublimes cantos te ultrajarian; pero es tal tu bondad, que solos los débiles esfuerzos de nuestra voluntad, una sencilla intencion, bastan para agradarte. Confiado en ella entiero para siempre baxo de este pobre monumento, consagrado á tus alabanzas, los miedos y terrores de la muerte. El himno mas gustoso para el cielo es el cantar la vida futura.

La devocion fria no puede llamarse devocion: si se inflama entónces, los ángeles corresponden con sus conciertos á los esfuerzos del corazon del hombre.—;Quándo lograré yo ser admitido á ellos! ; O muerte de mi Dios, tú eres la que me has dado derecho á los cielos! Vida futura, término último de lo pasado y lo presente, ; quándo penetraré yo dentro de tu glorioso santuario para adorar en él al Criador? ; Quándo me veré yo con mis hermanos, con los espíritus celestiales, cerca del trono de nuestro comun Padre? Cierto estoy de que puedo

llamarle Padre: él mismo me lo ha mandado: quando escucha á su Hijo que intercede por mí, y me mira por las aberturas de sus heridas, quiere que le dé este tierno nombre. Esta es la razon que obliga al cristiano á estar siempre alegre: casi es una impiedad en el hombre justo el estar triste.

; Ves ; O Lorenzo! el fin de nuestras esperanzas? Tocando la cruz recibimos la vida. Este milagro es mayor que el que dió cuerpo y forma á la nada, y resplandor á las tinieblas. Es una prerogativa del hombre reservada para él solo. Esta maravilla domina en la larga cadena de milagros, que desde el nacimiento del mundo se sujetó por un cabo al cielo, como á un punto fijo, desde el qual sostiene el conjunto brillante de la naturaleza, y todo el plan de las obras que han manifestado la gloria del Criador. La cruz dotada de un poder celestial, apenas toca nuestra alma quando la cura de sus males; separa de la culpa el castigo que iba unido con ella; enciende á la obscuridad misma de la muerte la luz de la inmortalidad, y hace de la tierra un cielo.

Quando vuelva al mundo el Dios humanado que murió por nosotros, ; quán distinto vendrá de como entónces vino! ; En donde estará entónces el *Hombre de dolores*? Vendrá como un Dios terrible, rodeado de todo el resplandor y de toda la magestad de su gloria, y seguido de innumerables legiones de espíritus que le acompañarán en triunfo.

; Se resiste acaso tu imaginacion á adoptar esta idea? ; Vienen algunas dudas tenebrosas á interponerse entre este suceso y la palabra de Dios que lo asegura? Pues para curarte de ellas no tienes que ir á hojear los volúmenes de la ciencia humana. Lee la naturaleza, siempre amiga de la verdad, y

verás como predica el cristianismo al linage humano, y manda aun á la materia que venga á dar socorro á nuestra fe. ¿Has visto alguna vez el inflamado vuelo del cometa? Este ilustre extranjero quando pasa cerca de nosotros esparce el terror entre las naciones, que atentas y espantadas admiran el volúmen inmenso de su cola luminosa. Caminando por su vasta órbita se pierde en las profundidades del éter, toca en su carrera innumerables soles, y despues de haber viajado durante algunos siglos por los espacios infinitos, vuelve otra vez á visitar la tierra. Pues así volverá tambien al mundo, quando llegue el tiempo señalado en su período, el que da la luz al cometa, y á su vuelta saldremos triunfantes del sepulcro.

Y si la naturaleza solo se contenta con inspirarnos en voz baxa una esperanza conjetural é incierta, la fe nos habla en el tono mas alto, y nos anuncia claramente esta importante verdad. Los incrédulos pudieran oír, pero se tapan los oídos, y vuelven á esconderse en las tinieblas. La fe construye un puente sobre el abismo de la muerte; abre la comunicacion entre el mundo presente y el futuro; y nos hace llegar sin peligro á la ribera opuesta. Los terrores de la muerte interponen un muro impenetrable entre el hombre y la paz; pero la fe lo derriba, desarma la destruccion, y absuelve al sepulcro inocente de nuestros mal fundados testimonios.

¿Por qué? ¡O Lorenzo! te habias de negar á creer? ¿Dirás acaso que la razon te hace dudar? Tan partidario soy como tú de la razon: mi corazon es discípulo suyo. Sin ella no seria capaz de tener fe. La fe la conduce como por la mano hasta la verdadera luz, y la razon persuadida con su vista, defiende con el mayor empeño la realidad de la fe:

así se sostienen mutuamente, de manera que si nuestra fe no es perfecta, ha de estar depravada la razon, y si esta está enteramente sana, no tardará la otra en manifestarle su luz. Cree, pues, y goza los placeres de una deidad. Cree, y manifiesta que eres racional. Cree, y fixa la vista sosegada y triunfante en el sepulcro. La fe no puede morir, sino de las heridas de la razon. La razon que muere y se apaga, aumenta todos los horrores de la muerte, envenena y hace mucho mas mortales sus flechas.

Infiere de esto, qué honores y qué gracias se deben dar á aquellos que nos privan del antídoto saludable de la fe: que se precian de ser los amigos de la razon y del hombre, y que no nos dan otra prueba de ello, que la de dar la muerte á nuestra felicidad, mostrándonos sin cesar el espantoso abismo de la nada abierto á nuestros ojos, y pronto á devorarnos totalmente. Estos filósofos soberbios, para envilecer la razon, hacen de ella un ídolo, y la matan para divinizarla, como antiguamente se hacia la apoteosis de los Monarcas despues de haberlos asesinado. Tales son los detestables laureles con que estos filósofos coronan sus frentes. Al paso que amor de la verdad retumba en sus embusteras bocas, corre su soberbia una espesa cortina para ocultar la claridad del dia; convierten su limitada razon en espíritu filosófico; y triunfando al escaso resplandor de esta obscura luz, quieren persuadirnos que es el verdadero sol que nos ha de alumbrar, y claman para que nos postremos y la adoremos como á nuestra deidad.

¡O Dios benéfico! ensangrentado por tu mismo amor, ¿que se atrevan tales hombres á hablar de moral! Tú si que has creado un nuevo moral para

el linage humano. Moral que todo se reduce á amarte. Sin este amor, aunque fuesen tan sabios como Sócrates, de cuyo nombre injustamente se revisten, no serian mas que los primeros entre los locos modernos.

El nombre de cristiano es el nombre mas sublime que el hombre puede apropiarse: con todo hay mortales tan infames, que borran de sus frentes la feliz y augusta insignia de la cruz, como si fuera una mancha impura que los deshonrase. Si alguna vez tiemblan los ángeles, es sin duda al ver este horrible desacato. Quando el hombre ha llegado á tal extremo de audacia y de depravacion, se apartan de él, y casi renuncian á la ocupacion de asistirle, y abandonan á aquel infeliz como á un desesperado, llenos de admiracion y espanto, no ménos que de tristeza.

SEXTA NOCHE.

EL OLVIDO DE LA MUERTE.

Como el rocío que de gozo llora
 El verde campo al saludar la aurora,
 Eras tú, mi Narcisa, fresca y pura ;
 Mas como aquel no dura
 Sino hasta que aparece el sol ardiente,
 Tambien tú de la vida en la mañana,
 Pronta volaste de la tierra al cielo :
 Tu padre mismo acude diligente,
 Con la cabeza despoblada y cana,
 Qual discípulo á oír tus instrucciones.
 En medio de mi horrible desconsuelo,
 ¡Qué patéticas y útiles lecciones
 Tu juventud me ofrece y tu temprana
 Muerte! Los muchos años han nevado
 Mi cabeza, mas no la han agoviado.
 A las agenas muertes atendiendo,
 La llevo siempre erguida y altanera,
 Y no reparo que la muerte fiera,
 Está á mis pies mi sepultura abriendo.